

XXVIII CARTA PASTORAL

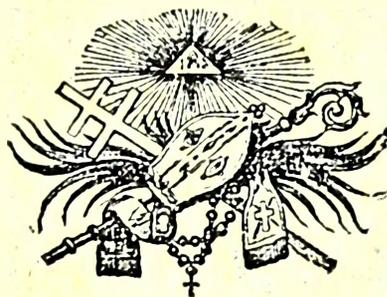
QUE

EL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE QUITO

DOCTOR DON JOSE IGNACIO ORDOÑEZ

DIRIGE AL CLERO Y A LOS FIELES

DE SU ARQUIDIOCESIS



QUITO

—
IMPRESA DEL CLERO

—
1891

NOS, JOSE IGNACIO ORDÓÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, & &.

A NUESTRO VENERABLE CABILDO METROPOLITANO,
AL VENERABLE CLERO SECULAR, AL REGULAR Y A TODOS
LOS FIELES DE NUESTRA ARQUIDIOCESIS.

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Facite fructum dignum poenitentias.

[MAT. 3, 8.]

Amados hijos en el Señor:

El Evangelista San Juan nos refiere que, orando Jesucristo Nuestro Señor un poco antes de su ignominiosa pasión, decía al Padre: *la vida eterna consiste en conocerte á ti y á Jesucristo á quien enviaste* (1). Y el que conoce al Hijo conoce al Padre, según lo que el Divino Maestro dijo al Bienaventurado Apóstol San Felipe (2). Por lo mismo, si llegamos al conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, hemos dado con la vida eterna. Y ese conocimiento es la más alta sabiduría que puede alcanzar el entendimiento humano; porque ¿qué otro fin, por excelente que lo supongamos, puede igualar en sublimidad y nobleza al que podemos recibir de la Divinidad

[1] Joan. 17, 3.

[2] Joan. 14, 9.

Encarnada? Y sobre excelentísimo, es el más provechoso, porque sólo él es capaz de darnos vida y ser dichoso, aun en este mismo mundo; pues la vida eterna, amados hijos, no se hace esperar en cuanto á su sustancia para cuando dejemos este valle de lágrimas: principia aquí mismo, y su principio como su remate no consisten en otra cosa que en conocer y amar á Jesucristo. Mas con ser tan excelente, tan necesario, tan provechoso este conocimiento, es tan oscuro el que hemos adquirido que bien pudiéramos decir que no conocemos á Nuestro Señor. ¿Y cómo lo conoceremos si no lo buscamos? Y si ni aun deseamos conocerle ¿cómo hemos de buscarle? Habiendo oído Zaqueo las maravillas del Salvador, sintió hambre de verlo, y cuando supo que pasaba por su ciudad *hizo diligencias para conocerlo de vista*; y no pudiéndolo porque se lo impedía la turba que rodeaba al Salvador, á fin de cumplir su deseo subióse á un árbol de los que había en el camino (1). Conocióle y entrósele luego la vida en su alma, y ríos de paz se derramaron en su casa. ¡Oh! si también nosotros, á imitación de Zaqueo, procuráramos levantarnos en alto para conocer á Jesucristo Nuestro Señor, El mismo se convidaría á entrarse en nuestra casa, y nos recrearía con la dulcedumbre de su rostro, y nos regalaría la paz de su divino Corazón y todas las riquezas que tiene escondidas para los que se le aficianan y le siguen. ¿Qué riquezas puede haber comparables con las de la vida eterna? ¡Cuánto amamos la vida de la tierra á pesar de que la muerte va en pos de ella empujándola incesantemente al sepulcro! Las congojas é inquietudes, las amargas olas de la tribulación que nos aprietan, agitan y oscurecen el alma, ¿qué otra cosa son sino el ingrato

[1] Luc. 19.

y helado aliento de la muerte, confundido en nosotros con el hálito de la vida? Y con todo, la amamos, y hay quien, si le diesen arraigarse perpetuamente en este mundo, á pesar de todos sus dolores, aquí se quedaría como en su casa propia. ¿Quién podrá, pues, entender la ventura que se encierra en la vida eterna? Por eterna tiene en sí lo que más apetece el hombre: la perpetuidad del bien á que aspira; por eterna no padece los quebrantos del tiempo, ni teme las mudanzas de la fortuna; por eterna abraza juntamente todo bien, toda felicidad, toda sabiduría, todo poder, toda nobleza, toda hermosura, toda excelencia. Mas, á la posesión de tal vida no se llega sino por el conocimiento y el amor de Jesucristo Nuestro Señor. *Ego sum via* (1). Si Señor, Vos sois nuestro camino, y los que anden fuera de él darán sin remedio en los abismos de la muerte; en ellos se hundirán sin poder nunca jamás llegar al fin para el cual los formasteis y les disteis huesos, nervios y carne, alma con entendimiento y voluntad. Sí, el Señor Jesús es nuestro camino: busquémosle, amados hijos, conozcámosle, andémosle. Mas, tan entenebrecido está nuestro entendimiento para las cosas celestiales y tan escondido se halla nuestro espíritu en la podredumbre de la carne que en todo pensamos, menos en lo único que puede darnos la vida; más bien huimos de ella y á cada paso vamos hundiéndonos en las moradas lóbregas de la muerte. ¿No es muerte la concupiscencia? Y la halagamos, y la robustecemos, y le damos bríos, y ensanchamos sus fauces para que nos engulla sin dificultad. ¿Qué hacemos sino esto cuando nos servimos de todos los recursos del arte para encantar los sentidos poniendo en el deleite de ellos toda nuestra felicidad? Mas, una felicidad

[1] Joan. 14, 6.

tan transitoria no es digna de la imagen de Dios, que es eterna! *Quae sursum sunt quaerite quae sursum sunt sapite, non quae super terram* (1): levantad, os dice San Pablo, arriba vuestros ojos y buscad las cosas de allá no las de la tierra, que pasa como una figura cuando llega la realidad. Y lo figurado por ella es lo invisible, y llega lo invisible cuando cerrados para siempre los ojos corporales, quedan abiertos, también para siempre, los del espíritu. Pasamos la vida escarbando ciego para sacar de él tesoros, placeres, honores, felicidad tan menguada como el fango de donde sale. Empleemos, amados hijos, unos pocos días, siquiera estos de cuaresma, en buscar la verdadera sabiduría, en negociar la salvación eterna de nuestra alma. La Santa Madre Iglesia ha destinado este tiempo á ese fin. Y como ella sabe que Jesucristo es la puerta por donde se va á la vida, nos induce, especialmente, en los últimos días de cuaresma, á estudiar á Jesucristo Nuestro Señor. Mas, antes de llevarnos á la consideración de los principales misterios de la Pasión del Redentor, nos empeña á emprender el trabajo saludable y necesario de quitar los obstáculos que impiden obtener el conocimiento claro del Hijo de Dios: las manchas abominables que ha dejado en nosotros el pecado. Y como éstas no se borran sino con las aguas de la penitencia, nos convida á ella, y levanta su voz y nos repite: haced frutos dignos de penitencia. Y cuando ve que no le escuchamos se echa á llorar como Raquel porque sus hijos no existen. Ah! el pecador en cierta manera no existe, porque se halla borrado del libro de la vida, porque para el hombre apartado del amor de Cristo no queda sino la muerte.

Y desgracia tan consumada no es rara sino

[1] Coloss. 3.

muy común entre los hombres; mas, perdidos del juicio, se creen felicísimos en su desventura, y por más dichosos cuentan á los que viven más y más alejados de la fuente de la vida. A ellos llamamos hoy, amados hijos, á ellos gritamos con el profeta Isaías *reddite praevaricatores ad cor*. Volved á vuestro corazón, quedaos siquiera por algunos momentos, á solas con vuestra conciencia. Ah! qué de abominaciones encontraréis en ella: cuántas carnalidades, cuántas injusticias, cuántos odios, cuántas detracciones! Sí, entrad á vuestro propio corazón y allí á solas con vuestra conciencia leeréis en él una historia pavorosa y aterradora. Leedla, leedla, y si no quedáis pasmados y confundidos, teneos ya por sentenciados. ¿Qué sentencia más rigurosa puede pronunciar el Señor contra los pecadores endurecidos que dejarlos en la impenitencia final? No menos nos espanta, amados hijos, esta palabra de Jesucristo pasible y mortal todavía: *in peccato vestro moriemini*; “moriréis en vuestro pecado” (1) que estotra del Juez lleno de Majestad y de gloria.—*Ite maledicti in ignem aeternum*: “id malditos al fuego eterno” (2). ¡Y qué fácil es morir en el pecado, qué frecuente, qué cotidiano! ¡Y cómo no ha de serlo si la generalidad de los cristianos se halla acostumbrada á pecar sin reinordimientos, y más bien gloriándose de sus pecados? ¡Cómo no ha de serlo si es tan doloroso derrocar nosotros mismos la casa que edificamos? Y los impíos, los endurecidos en sus delitos han levantado una fábrica sobre sus hombros y no la derrocarán. El amor al mal es, amados hijos, en el corazón del hombre mucho más profundo y arraigado que el amor al bien; y si hemos vivido toda nuestra vida enamorados

[1] 8, 21.

[2] Matt. 25, 41.

del pecado ¿juzgáis que nos será posible volver nuestro corazón súbitamente al bien? ¿Al bien del cual hemos huído por todos los caminos? ¿Al bien excelente y espinoso y que nos espantaba con su alteza y rigidez? *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis* (1). “He aquí el tiempo aceptable, he aquí el día de la salud.” No lo dejemos pasar, amados hijos en el Señor, no lo dejemos pasar, porque ido no volverá jamás.

Si la penitencia es casi imposible para los que pasan los días burlándose del Señor, de sus promesas como de sus amenazas, de sus recompensas como de sus castigos, no lo es para los que abriendo por fin los ojos se echan en brazos de la misericordia con que el Señor nos convida, aprovechándose de ella en el momento en que son llamados. Si David hubiera hecho del sordo á las palabras de Natán, seguramente no hubiera oído la consoladora nueva de que le estaban perdonadas sus culpas. Si San Pedro hubiera hecho del ciego para que no se encontraran sus ojos con los dulcísimos y amorosos del Redentor, no hubiera gastado sus lagrimales á fuerza de copioso llanto, ni sobre él se hubiera levantado el edificio de la Iglesia. *No dejes pasar ni una partecilla del don que Dios te hace*, dice el sabio. ¿Y qué precioso don es el tiempo que nos concede para hacer penitencia! ¿No la haremos, amados hijos? ¿Nos esconderemos como Adán, para no ser vistos del Señor? ¿Seguiremos ovejas perdidas sin oír las voces tiernas con que nos llama el Buen Pastor? No será así seguramente. Hacer penitencia no es obra tan laboriosa como nos la pinta el enemigo de nuestras almas. Y si lo fuera tanto como rendir ejércitos, tomar ciudades, conquistar reinos, todavía debiéramos hacer-

[1] 2 Cor. 6, 2.

la, porque todos los trabajos y demás penalidades que eso impone, es mucho menos que la muerte eterna. Pero nada de eso: más fácil es borrar la culpa en el tiempo propicio que comprar el infierno con obras de perdición: sí, más fácil es. ¿Qué difícil os parecerá, amados hijos, decir pequé como David, llorar como Pedro, echarse á los pies de Jesucristo como la Magdalena? Ah! las lágrimas, qué eficacia no tienen para purificar las almas! Y las lágrimas las tenemos de balde, en nuestros ojos. Una mirada al cielo, una mirada á Jesucristo basta para hacer saltar de ellos fuentes de agua celestial. Bienaventurados los que lloran.

Mas, es verdad que no sirve de mucho llorar hoy á los pies de Cristo, si hemos de reír mañana en la mesa de los pecadores. La verdadera conversión no se queda escondida: las buenas obras la predicán: despide de sí gratísima fragancia; el pecador convertido es como campo lleno de flores bendecido por el Señor. Si, pues, lloramos nuestros pecados las obras darán testimonio de la sinceridad y verdad de nuestras lágrimas. *Operibus credite.* El árbol bueno da frutos buenos, y si los vuestros no son tales, árboles seréis que merezcan ser arrancados y arrojados al fuego, no trasplantados al huerto del Padre celestial.

Al ser sincera la conversión de cuantos se confiesan en las cuaresmas, seguramente las costumbres de esta ciudad y de los pueblos estarían mejoradas; no veríamos tanta oposición entre la fe que profesan sus habitantes y las obras de perdición que ejecutan. Veríamos á la probidad señoreando todos los actos de la vida de nuestros amados hijos, á la caridad hermoseándolos con sus resplandores divinos, al sacrificio imprimiéndoles el sello de Cristo, á todas las virtudes cristianas haciendo su oficio en el hogar, en el foro,

en la tribuna, en la prensa y en todos los actos de la vida. Veríamos á todos aplicados al cumplimiento exacto de sus deberes. Veríamos á las familias concertadas en admirable paz, á los hijos obedientes á sus padres, á los padres celando la honra de su casa: poniendo en cristiano equilibrio lo que pide la autoridad paterna con los deberes de sus subordinados; dirigiendo con sabiduría las pasiones de sus hijos, reprimiéndolas con firmeza, estrechando en consorcio divino la justicia, la paz y la misericordia. Oh! si los padres de familia entendiesen el peso de responsabilidad que la augusta paternidad carga sobre ellos! ¿No son las piedras sobre que descansa el edificio de la sociedad? ¿No depende de ellos el que florezca la patria y se levante honrada y digna, próspera y feliz? ¿No son ellos los que han de glorificar ó afrentar á la Iglesia de Cristo? ¿No son ellos los que han de transmitir la fe y han de labrar corazones cristianos? Casi cuantos héroes cuenta la Iglesia de Dios, ahí aprendieron el heroísmo en la casa paterna, lo sacaron del corazón de las madres, lo bebieron de los labios de sus padres. La doctrina de Cristo expuesta por éstos, embellecida con la práctica de la humildad y de la caridad, arraigó la fe en la mente de sus hijos y sacó de ella los hermosos frutos con que han regalado y ennoblecido al linaje humano. ¿Cómo pasará lo mismo entre nosotros, si los padres creen que hacen todo por la instrucción moral y religiosa de sus hijos con entregarlos á las escuelas? ¿Y cómo los podrían instruir ellos mismos, si viven en olvido completo de la ciencia de la Religión? Digna es de lamentarse la ignorancia de muchos de ellos, y esta ignorancia es la causa por la cual los niños aun cuando aprendan bien el catecismo en las escuelas, vueltos á sus casas y pasado algún tiempo, se quedan tan ignorantes de la Religión como si nunca la hu-

bieran aprendido. ¡Qué responsabilidad la de los padres de familia! ¡Qué juicio el que pasará entre ellos y Jesucristo Nuestro Señor! Entended padres de familia, que no queda exonerada vuestra conciencia con enviar á vuestros hijos á las escuelas; porque vosotros mismos estáis en la obligación de cuidar de la instrucción religiosa de ellos. Y para cumplir con esta santísima obligación no se necesitan trabajos largos y penosos que pudieran sacaros de vuestros cuidados terrenos, obligándoos á dejar ni aun vuestras honestas y necesarias recreaciones. Si los domingos y días festivos reunierais en torno vuestro á la familia para leer un libro de Religión, ya quedaríais libres por este lado de responsabilidad, y pondríais lo suficiente para cumplir con vuestros deberes; y con cierto grado de perfección si á esa lectura añadiereis vuestras exhortaciones paternas. El consejo del padre penetra en el corazón de los hijos y deposita semillas inmortales de virtud, que aun cuando á veces parecen ahogadas por las pasiones, al fin se desenvuelven y echan de sí sazoados frutos aunque tardíos. No vacilamos en afirmar que la mayor parte de los males que tienen agravada á nuestra sociedad, son debidos á los padres de familia. En vano para disculpar nuestros defectos comunes y ordinarios, los achacamos al clima suave y enervante de estas regiones. No, no es el clima atmosférico ni la posición que ocupamos en el globo la causa de los de nuestro carácter: es el clima de la casa, la atmósfera que se respira en el hogar doméstico. Si concienzudamente reflexionan sobre estas cosas los padres de familia, hallarán con espanto que tienen la conciencia gravada con inmensa responsabilidad.

Y si los padres no hacen de pastores amantes de sus hijos ¿cuidarán religiosamente de la salvación de los demás domésticos? Vemos una

clase de éstos que, formando como forman parte de la familia, no reciben de sus señores casi ningún beneficio espiritual. Tales son los gañanes de las haciendas. Hay patronos á quienes no se les ha venido nunca la idea de que deben responder ante Dios de los vicios é ignorancia de esa gente. Y por eso descuidan hasta de obligarles á oír la santa misa en los días de fiesta y de asistir á las instrucciones religiosas que á medida de su capacidad suelen dárselos en las parroquias. Y se nos ha asegurado que algunos no sólo no cuidan de que los gañanes cumplan con sus deberes religiosos, sino que de propósito los ocupan en los días festivos para impedirles que asistan á la Iglesia, ó les obligan á trabajar todos los días de la semana, poniéndolos así en el caso de cultivar su terruño en los días domingos. ¡Cuántos hacendados que creen tener limpia su conciencia, aparecerán con todo, en el juicio divino como responsables de la condenación de sus gañanes!

Ya que hemos hablado ahora de algunos males que merecen serio reparo, no dejaremos, amados hijos, de exhortaros á que os apartéis de la injusticia en los contratos. Y nos parece tanto más necesario esto cuanto el mundo ha llegado en cierta manera á legitimarla, de modo que aun personas por otra parte honestas, no dejan pasar la ocasión de aumentar sus bienes de fortuna á favor de engaños bien disimulados y de injusticias ocultas, con tal de que no haya temor de que lleguen á ser manifiestas y pongan en peligro su buena fama. Así nos parece va pasando ahora con algunos propietarios con ocasión del nuevo impuesto con que se han sustituido los diezmos. Para descargarse completamente de la obligación de pagarlo, y aun aumentar sus rentas, exigen, según se nos ha dicho, de los arimados á sus haciendas con el título de *partidarios*, de los pe-

queños arrendatarios y aun de sus gañanes, el mismo diezmo que antes pagaban á la Iglesia. Proceder de esta manera es ir contra la intención que se tuvo al establecer la contribución del tres por mil en lugar de la del diezmo, es burlar la ley eclesiástica y la civil. Creemos, pues, que la Autoridad pública debe poner remedio á ese mal antes que tome mayores proporciones.

La codicia es engendradora fecunda de injusticias, como la concupiscencia lo es de placeres torpes y deshonestos, y la soberbia de iras y venganzas, porque á ninguna de esas pasiones cuidamos de ponerles el freno del temor de Dios; porque nos olvidamos, y de propósito, que hemos venido al mundo por pocos días sólo para negociar durante ellos nuestra salvación eterna; porque á pesar de que la experiencia nos enseña que el hombre no lleva consigo á la tumba, ni riquezas, ni placeres, ni honores, los amamos como si hubieran de ser eternos. *Dives cum dormierit nihil secum auferet: aperiet oculos suos et nihil inveniet* (1): cuando muriere el hombre no llevará consigo nada de lo que posee: abrirá los ojos y nada encontrará. ¿Dónde los abrirá? En la eternidad, amados hijos, donde no ha penetrado ni penetrará jamás la vanidad; donde sólo se ve á *El que es* con su majestad y su gloria, su santidad y su justicia. Oh! si la mente no se separara de esta consideración; cuán de otra manera viviríamos, cuán pronto buscaríamos remedio á nuestros males en los caminos de la penitencia! entonces el mundo andaría en cabal concierto y cada uno atado al cumplimiento de sus deberes; las injusticias fueran extrañas, la caridad familiar á todos, la honestidad el sello de la dignidad humana, el sacrificio la corona de su grandeza. Si pensásemos seriamente en eso, hoy caeríamos

[1] Job. 27, 19.

en el polvo para hacer penitencia de nuestras culpas pasadas. Hagámosla, queridos hijos, y para que el Señor os conceda tan singular gracia, nuestras oraciones en adelante serán más fervientes, y le rogaremos haga fecundar las bendiciones que con todo el corazón os damos hoy en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Mandamos que esta nuestra Carta Pastoral la lean los rectores de las iglesias de nuestra Arquidiócesis el primer día festivo siguiente al en que la recibieren y en la misa de mayor concurrencia.

Dada en Quito, en nuestro Palacio Arzobispal, á 25 de febrero de 1891.

† JOSÉ IGNACIO.

ARZOBISPO DE QUITO.

Cornelio Crespo Toral,
Secretario.

